

densas oscuridades; las sigue á causa de esas oscuridades densas y de esas contradicciones absurdas. La razon sigue al error á donde quiera que va, como una madre tiernísima sigue, á donde quiera que va, aunque sea 'al abismo más profundo, al fruto más amado de su amor, al hijo de sus entrañas. El error la dará muerte; mas ¿qué importa, si es madre y muere á manos del hijo?

#### CAPITULO IV.

DE CÓMO SE SALVA POR EL CATOLICISMO EL DOGMA DE LA PROVIDENCIA Y EL DE LA LIBERTAD, SIN CAER EN LA TEORÍA DE LA RIVALIDAD ENTRE DIOS Y EL HOMBRE.

En ninguna otra cosa resplandece tanto la incomparable belleza de las soluciones católicas como en su universalidad, ese atributo incomunicable de las soluciones divinas. No bien es aceptada una solución católica, cuando luego al punto todos los objetos antes oscuros y tenebrosos se esclarecen, la noche se torna día, y el orden sale del caos. No hay ninguna de ellas en que no esté ese soberano atributo y aquella secreta virtud, de donde procede la grande maravilla del universal esclarecimiento. En esos piélagos de luz no hay más que un punto opaco, aquel en donde está la solución misma que penetra con su luz esos piélagos profundos. Consiste esto en que, no siendo el hombre Dios, no puede estar en posesion de aquel atributo divino por el cual el Señor de todo lo criado ve todo lo que crió con una luz inefable. El hombre está condenado á recibir de las sombras la explicacion de la luz, y de la luz la explicacion de las sombras. Para él no hay cosa evidente que no proceda

de un impenetrable misterio. Entre las cosas misteriosas y las evidentes hay, sin embargo, la notable diferencia de que el hombre puede esclarecer las evidentes, pero no puede esclarecer las misteriosas. Cuando, para entrar en posesion de esa luz inefable que está en Dios y que no está en él, desecha por oscuras las soluciones divinas, da consigo en el laberinto intrincado y tenebroso de las soluciones humanas. Entonces sucede lo que acabamos de demostrar; que su solución es particular; como particular, incompleta, y como incompleta, falsa. Considerada á primera vista, parece que resuelve algo; considerada mejor, se ve que no alcanza á resolver nada de lo que parece que resuelve; y la razon, que comienza por aceptarla como plausible, concluye por desecharla por ineficaz, contradictoria y absurda. Esto último quedó completamente demostrado en el capítulo anterior: por lo que hace á la cuestion que venimos discutiendo, despues de haber demostrado la ineficacia evidente de la solución humana, solo nos falta demostrar la eficacia suprema y altísima conveniencia de la solución católica.

Dios, que es el bien absoluto, es el supremo hacedor de todo bien; y todo lo que hace es bueno, siendo imposible á un tiempo que Dios ponga en la criatura lo que no tiene, y que ponga todo lo que tiene, en la criatura. Dos cosas son de todo punto imposibles, á saber: que ponga el mal, que no tiene, en alguna cosa, y que ponga en alguna cosa el bien absoluto: ambas imposibilidades son evidentes, como quiera que es imposible concebir que alguno dé lo que no tiene, y que el Criador quede absorbido en la criatura. No pudiendo comunicar su bondad absoluta, que seria comunicarse á sí propio, ni el mal, que seria comunicar lo que no tiene, comunica el bien relativo, con lo cual comunica todo lo que puede comunicar, algo de lo que está en él y que no es él, poniendo entre sí y la criatura aquella semejanza que atestigua la procedencia, y aquella diferencia que atestigua la

distancia. De esta manera toda criatura va diciendo, solo con mostrarse, quién es su Criador, y que ella no es más que su criatura.

Siendo Dios el criador de todo lo criado, todo lo criado es bueno con una bondad relativa. El hombre es bueno en cuanto hombre, el ángel en cuanto ángel, y el árbol en cuanto árbol. Hasta el príncipe que relampaguea en el abismo, y el abismo en donde relampaguea, son cosas buenas y excelentes. El príncipe del abismo es bueno en sí, porque por serlo no ha dejado de ser ángel, y Dios es el criador de la naturaleza angélica, excelente sobre todas las cosas criadas; el abismo es bueno en sí, porque se ordena á un fin que es bueno soberanamente.

Y sin embargo de ser buenas y excelentes todas las esencias criadas, el Catolicismo afirma que el mal está en el mundo, y que son grandes y portentosos sus estragos. La cuestion consiste en averiguar, por una parte, qué cosa es el mal; por otra, en dónde tiene su origen; y últimamente, de qué manera concurre con su propia disonancia á la universal armonía.

El mal tiene su origen en el *uso* que hizo el hombre de la facultad de escoger, (1) la cual, como dijimos, constitu-

(1) Es decir: el mal comenzó cuando el hombre escogió despues de haberse colocado en punto de negar la verdad, ó sea en la via del mal; mientras que si el hombre no se hubiera apartado de la verdad, su facultad de escoger no habria producido sino bien. No obstante que la frase del autor va aquí conforme con su razonamiento, habria sido quizás más clara para el comun de los lectores, si en vez de la palabra *uso*, hubiese empleado la de *abuso*. —Aun sin esta nota de la traduccion italiana, creemos que la frase: *El mal tiene su origen en el uso que hizo el hombre de la facultad de escoger*, es suficientemente clara. Si el mal nació del uso que hizo el hombre de su facultad de escoger entre el bien y el mal, evidentemente fué porque escogió el mal, porque usó mal, porque *abusó* de esta facultad; pero tambien es evidente que si la hubiera usado para escoger el bien en lugar del mal, la misma facultad no habria producido sino el bien.

No debemos olvidar que Donoso entiende por *facultad de escoger*, la *facul-*

ye la imperfeccion de la libertad humana. La facultad de escoger estuvo encerrada en ciertos límites impuestos por la naturaleza de las cosas. Siendo todas buenas, esa facultad no pudo consistir en escoger entre las cosas buenas, que existian necesariamente, y las malas, que no existian de manera ninguna; consistió solo en unirse al bien ó en apartarse del bien, en afirmarle con su union ó en negarle con su apartamiento. El entendimiento humano se apartó del entendimiento divino, lo cual fué apartarse de la verdad; apartado de la verdad, dejó de conocerla. La voluntad humana se apartó de la voluntad divina, lo cual fué apartarse del bien; apartada del bien, dejó de quererle; habiendo dejado de quererle, dejó de ejecutarle; y como, por otra parte, no pudo dejar de poner en ejercicio sus facultades íntimas é inamisibles, que consistian en entender, en querer y en obrar, siguió entendiendo, queriendo y obrando; si bien lo que entendia, apartado de Dios, no era la verdad, que solo está en Dios; ni lo que queria era el bien, que solo está en Dios; ni lo que obró pudo ser el bien, que ni entendia ni queria, y que no siendo ni querido por su entendimiento ni aceptado de su voluntad, no pudo ser el término de sus acciones. El térmi-

---

*tad de escoger entre el bien y el mal;* pero no por esto niega que exista una facultad de escoger entre diferentes clases de bienes, pues varias veces repite que Dios y los ángeles y los bienaventurados gozan de libre albedrío, aunque no pueden *escoger el mal*. Pero, como quiera que escoger entre cosas buenas es siempre escoger bien, así como escoger entre cosas malas es siempre escoger mal; como todos los actos buenos se refieren á un mismo fin, al cual son contrarios todos los actos malos; como hacer el bien, cualquiera que sea, es por consiguiente querer siempre el mismo fin, así como hacer el mal, cualquiera que sea, es siempre alejarse de ese fin mismo; por todas estas razones, al escoger entre bien y bien, ó entre mal y mal, no lo llama propiamente *escoger* la lengua profundamente filosófica de Donoso, sino que reserva esta palabra para expresar la eleccion entre cosas contrarias, entendiendo por *facultad de escoger*, aquella que los teólogos llaman *libertas contrarietatis*, es decir, opcion libre entre el bien y el mal.

no de su entendimiento fué entonces el error, que es la negacion de la verdad; el término de su voluntad fué el mal, que es la negacion del bien; y el término de sus acciones el pecado, que es la negacion simultánea de la verdad y del bien, manifestaciones diversas de una misma cosa considerada bajo dos puntos de vista diferentes. Negándose por el pecado todo lo que Dios afirma con su entendimiento, que es la verdad, y todo lo que afirma con su voluntad, que es el bien; no habiendo en Dios más afirmaciones que la del bien que está en su voluntad, y la de la verdad que está en su entendimiento; y no siendo Dios sino esas mismas afirmaciones sustancialmente consideradas, se sigue de aquí que el pecado, que niega todo lo que Dios afirma, niega virtualmente á Dios en todas sus afirmaciones; y que negándole, y no haciendo otra cosa sino negarle, es la negacion por excelencia, la negacion universal, la negacion absoluta.

Esa negacion no afectó ni pudo afectar las esencias de las cosas, que existen independientemente de la voluntad humana, y que despues como antes de la prevaricacion, fueron no solo buenas en sí, sino tambien perfectas y excelentes. Empero si el pecado no las quitó su excelencia, las quitó aquella soberana armonía que puso en ellas su divino Hacedor, que es aquella trabazon delicada y aquel orden perfecto con que estaban juntas unas con otras y todas con él, cuando las sacó del caos despues de haberlas sacado de la nada por efecto de su bondad infinita. Segun aquel orden perfecto y aquella trabazon admirable, todas las cosas se movian derechamente hácia Dios con un movimiento irresistible y ordenado. El ángel, espíritu puro abrasado de amor, gravitaba hácia Dios, centro de todos los espíritus, con una gravitacion amorosa y vehemente. El hombre, ménos perfecto, pero no ménos amoroso, seguia con su gravitacion el movimiento de la gravitacion angélica, para confundirse con el ángel en el seno de Dios, centro de las gravitaciones an-

géticas y humanas. La materia misma, agitada por un secreto movimiento de ascension (1), seguía la gravitacion de los espíritus hácia aquel supremo Hacedor que atraía á sí sin esfuerzo todas las cosas. Y así como todas estas cosas, consideradas en sí, son las manifestaciones exteriores del bien esencial que está en Dios, esta manera de ser es la manifestacion exterior de su manera de ser, como su esencia misma, perfecta y excelente. Las cosas fueron hechas de tal modo, que tuvieron una perfeccion mudable, y otra necesaria é inamisible: su perfeccion inamisible y necesaria fué aquel bien esencial que puso Dios en toda criatura; su perfeccion mudable fué aquella manera de ser con que Dios quiso que fueran cuando las sacó de la nada. Dios quiso que fueran siempre lo que son; no quiso, empero, que fueran necesariamente de la misma manera: sustrajo las esencias á toda jurisdiccion que no fuera la suya; puso por un tiempo el orden en que están, bajo la jurisdiccion de aquellos seres que formó inteligentes y libres. De donde se sigue que el mal, producido por el libre albedrío angélico ó el libre albedrío humano, no pudo ser y no fué otra cosa sino la negacion del orden que puso Dios en todas las cosas criadas; cuya negacion va envuelta en la palabra misma que la significa, con lo cual se afirma lo mismo que se niega: esa negacion se llama desórden. El desórden es la negacion del orden, es decir, de la afirmacion divina, relativa á la manera

(1) No se entienda que el autor ha querido con esta frase reconocer en la materia una fuerza propia é intrínseca; pues bien claramente se deduce lo contrario de las palabras con que termina este mismo período, en que dice que era Dios que atraía á sí sin esfuerzo todas las cosas.

Nótese tambien que al hablar Donoso del movimiento de ascension de la materia hácia Dios cuando el hombre conservaba aún su inocencia; y más abajo, al mencionar los desórdenes producidos por el pecado en toda la creacion, tenia presentes aquellas palabras de San Pablo: *Omnis creatura ingemiscit et parturit usque adhuc*, etc.

de ser de todas las cosas. Y así como el orden consiste en la union de las cosas que Dios quiso que estuvieran unidas, y en la separacion de aquellas que quiso que anduvieran separadas; de la misma manera el desórden consiste en unir las cosas que Dios quiso que anduvieran separadas, y en separar aquellas que quiso Dios que estuvieran unidas.

El desórden causado por la rebelion angélica consistió en el apartamiento, por parte del ángel rebelde, de su Dios, que era su centro, por medio de un cambio en su manera de ser, que consistió en convertir su movimiento de gravitacion hácia su Dios en un movimiento de rotacion sobre sí mismo.

El desórden causado por la prevaricacion del hombre fué parecido al causado por la rebelion del ángel, no siendo posible ser rebelde y prevaricador de dos maneras esencialmente diferentes. Habiendo dejado el hombre de gravitar hácia su Dios con su entendimiento, con su voluntad y con sus obras, se constituyó en centro de sí propio, y fué el último fin de sus obras, de su voluntad y de su entendimiento.

El trastorno causado por esta prevaricacion fué grande y profundísimo. Cuando el hombre se hubo apartado de su Dios, luego al punto todas sus potencias se apartaron unas de otras, constituyéndose á sí mismas en otros tantos centros divergentes: su entendimiento perdió su imperio sobre su voluntad; su voluntad perdió su imperio sobre sus acciones; la carne salió de la obediencia en que habia estado del espíritu; y el espíritu, que habia estado sujeto á Dios, cayó en la servidumbre de la carne (1). Todo habia sido antes en el hombre concordancias y armonías; todo fué despues en él guerra, tumulto, contradicciones, disonancias. Su naturaleza

(1) Ténganse presentes las advertencias hechas anteriormente en las páginas 38 y 39.